

Fracasó la Economía Socialista

MARIFELI PEREZ-STABLE

Socióloga, profesora de la Universidad del Estado de Nueva York

Disminuida, la Dinámica Fidel-Patria-Revolución

DURANTE la década de los noventa, el socialismo cubano se fue haciendo cada vez más insostenible, las condiciones internacionales que lo habían apuntalado desaparecieron súbitamente. Desde 1989 la economía cubana ya no podía contar con la red de comercio, créditos y ayuda que la Unión Soviética y los países de Europa del Este le habían proporcionado. Además, el final de la Guerra Fría significó la aparición de una nueva amenaza para la seguridad nacional de la isla. En el mundo bipolar, la Unión Soviética había constituido una especie de escudo frente a Estados Unidos gracias al cual el gobierno cubano había podido dedicarse a practicar una política exterior activa que, a su vez, le había permitido alcanzar una cierta seguridad. Pero los años posteriores a la Guerra Fría no se mostraban muy receptivos a los principios del sistema político unipartidista y de una economía planificada tan fervientemente defendidos por los líderes cubanos. El mundo que primero había permitido la consolidación de la Revolución Cubana y después la subsistencia del socialismo en Cuba, había llegado a su fin.

Sin embargo, el nuevo orden internacional no lograba acabar con la hostilidad de Estados Unidos, que nunca había aceptado de buena gana la independencia de Cuba ni había mantenido jamás una relación normal con la isla. Ni antes ni después de 1959 los gobiernos norteamericanos, a excepción del de Carter, habían articulado una política ilustrada hacia la isla. Por otra parte, Cuba había dejado de representar una amenaza para los intereses estratégicos y geopolíticos de Estados Unidos, pues la Unión Soviética ya no existía y las posibilidades de que se produjera una revolución en América Central eran casi nulas. A pesar de todo, el gobierno norteamericano reforzó el embargo que ya duraba treinta y siete años: en 1992, año de elecciones presidenciales, el entonces Presidente George Bush firmó la Ley por la Democracia Cubana después de que su contrincante demócrata, Bill Clinton, se declarara a favor de la misma; fue el denominado Proyecto Torricelli, cuyo fin era ganar las simpatías de los cubanos de Miami. Cuatro años más tarde el Presidente Clinton firmó, a su pesar, la Ley para la Libertad y la Solidaridad Democrática Cubanas (Helms-Burton), después de que la fuerza aérea cubana derribara dos aviones norteamericanos propiedad de la organización Hermanos al Rescate mientras sobrevolaban aguas internacionales. Ambas leyes hacían prácticamente imposible cualquier acercamiento entre los dos gobiernos mientras la dirigencia de Cuba no capitulara. Los círculos políticos norteamericanos creían que una línea más dura provocaría la caída de Fidel Castro. Las

palabras que escribió John Quincy Adams en 1823 adquirían verdadera vigencia: "Si la manzana arrebatada de su árbol por la tempestad no puede escoger otra opción que la de caer a tierra, una Cuba arrancada por la fuerza del lazo antinatural con España e incapaz de mantenerse por sus propios medios, no puede sino gravitar en torno a la Unión Americana."

Históricamente, Estados Unidos había manifestado su preocupación porque Cuba alcanzara la estabilidad política, pero hasta 1959 sus esfuerzos para promoverla habían resultado particularmente infructuosos. Con el derecho que le otorgaba la Enmienda Platt, el gobierno norteamericano había intervenido militarmente en dos ocasiones, además de interferir de muchas otras formas en

los asuntos internos de Cuba. Y en los años treinta, había sido la soberanía mediatizada la que había contribuido a que se produjera la agitación revolucionaria que caracterizó a ese periodo. Dos décadas más tarde, Estados Unidos apoyó a Fulgencio Batista porque el general les había prometido instaurar el orden después del creciente caos de finales de los cuarenta y principios de los cincuenta. Cuando la oposición moderada intentó por dos veces negociar una transición electoral, el gobierno de Eisenhower se abstuvo de presionar al general Batista para que accediera. De haberse producido un proceso negociador, la influencia de Fidel Castro, el ejército rebelde y el Movimiento 26 de Julio en la oposición no hubiera sido tan decisiva.

Ya en los noventa, el gobierno norteamericano aún continuaba socavando la posibilidad de que Cuba alcanzara la estabilidad política. Después de 1959 la estrategia de confrontación

no había servido para moderar la posición de los líderes cubanos; y ahora tampoco lograría mitigar su intransigencia. Todo lo contrario; le daban razones a Fidel Castro seguir apelando al patriotismo de millones de cubanos, con lo que continuaban alimentando el nacionalismo radical. Gracias a la hostilidad norteamericana, la dirigencia cubana tenía un pretexto plausible para negarse a llevar a cabo cambios políticos importantes, lo que a su vez ponía en peligro una futura transformación pacífica. Por otra parte, no era probable que Estados Unidos manifestara la misma tolerancia hacia una masacre en La Habana, al estilo de la Plaza de Tiananmén, que la que habían mostrado hacia Pekín en 1989. Pero si el gobierno norteamericano decidía intervenir militarmente para



Fracasó la Economía Socialista

Sigue de la página veintiseis
solucionar una transición, la estabilidad política de la isla se vería inexorablemente afectada a largo plazo.

La política de Estados Unidos hacia el gobierno cubano estaba determinada, fundamentalmente, por consideraciones internas. La influencia de los cubano-americanos en el estado de Florida, clave en las elecciones, explicaba en gran medida la persistencia del anacrónico embargo: los sectores dominantes del exilio estaban muy interesados en no ceder (o parecer que cedían) en su posición ante Fidel Castro, y ejercían una efectiva presión política a favor de su causa. Por lo contrario, las gestiones para poner fin al embargo no se hacían con tanto celo ni movilizaban tantos recursos de ningún otro sector. Aunque el centro financiero de Wall Street, siempre favorable al libre comercio, se oponía como principio a cualquier tipo de embargo, era evidente que lo que estaba en juego en la isla no guardaba mucha similitud con Vietnam: las empresas norteamericanas sí habían logrado que el gobierno de Clinton levantara el embargo a ese país. La opinión internacional tampoco convenía a Washington de que debía suavizar su posición: Canadá, Europa y América Latina denunciaban el embargo y se negaban a acatar los deseos de EU de convertir la medida punitiva en un verdadero bloqueo económico internacional. En enero de 1998 el Papa Juan Pablo II también instó al gobierno estadounidense a "cambiar, cambiar" y condenó el embargo calificándolo de "injusto y éticamente inaceptable".

NINGUN CAMBIO

Sin embargo, no se vislumbraba ningún cambio en el horizonte; la política norteamericana hacia Cuba no parecía abrirse a la racionalidad. En 1997 el Presidente Clinton caracterizó las relaciones EU-Cuba como "una terrible disputa familiar" mientras trataba de explicar a un público europeo por qué EU insistía en el embargo. "Es como si les invitáramos a Vds. a cenar, entraran en el comedor y los que les invitáramos a Vds. estuviesen medio borrachos tirándose botellas entre sí." Casi cuatro décadas antes, en medio de la Crisis de Octubre, el enfrentamiento más grave de la Guerra Fría, John F. Kennedy tenía "que la fijación de EU con el asunto de Cuba" impondría que los europeos comprendieran la forma en que su gobierno manejaba la situación. Ya en los noventa, la relevancia de Cuba a nivel internacional había disminuido considerablemente, por lo que el resto del mundo estaba más sorprendido que nunca por el hecho de que la "fijación" continuara. Sin embargo, el gobierno de Clinton sí veía más allá de "la disputa familiar" cuando se trataba de la migración ilegal, un asunto que podía llegar a tener repercusiones internas muy negativas: después de que 32,000 baltos abandonaron la isla en 1994, Washington y La Habana firmaron un acuerdo para regular la inmigración. Pocos meses más tarde, Clinton cancelaba el derecho que hasta entonces habían tenido los cubanos a que se les otorgara automáticamente asilo político a su llegada a Estados Unidos. Las preocupaciones del gobierno norteamericano por este tema de sensible resonancia nacional habían propiciado que al menos se normalizara un aspecto crucial de las relaciones entre ambos países.

Las condiciones internas en Cuba también habían cambiado: hacía tiempo que la revolución social había terminado y que el socialismo había apagado la efervescencia popular. Er-

nesto Guevara había afirmado que el desafío consistía en incorporar a la vida cotidiana la conciencia que provocaban los enfrentamientos con las clases económicas y Estados Unidos, y el "espíritu" que se había puesto de manifiesto en la victoria de Playa Girón, la campaña de alfabetización y la Crisis de Octubre. Con el experimento radical, los líderes cubanos habían intentado construir un socialismo "sui generis", pero sólo habían logrado el caos económico y la desmoralización popular. Después del descalabro de 1970, no podían más que recurrir al modelo de socialismo entonces existente para organizar la economía e institucionalizar el sistema político. Las políticas de los setenta y ochenta arrojaron algunos beneficios; la dirigencia, sin embargo, las rechazó cuando vio que sus consecuencias contravenían los principios de igualdad social y justicia que creía indispensables para mantener la unidad nacional frente a EU. El proceso de rectificación de los ochenta y el periodo especial de los noventa constituyeron esfuerzos para intentar retomar los orígenes de la revolución y hacer funcionar el socialismo.

Pero las probabilidades de éxito eran escasas. La economía requería capital extranjero, créditos internacionales y una nueva red de comercio que no parecían concretarse al nivel necesario para la recuperación. En casi cuatro décadas y utilizando modelos económicos diferentes, la sociedad cubana no había solucionado uno de los mayores problemas del socialismo: los trabajadores no tenían incentivos para producir con eficiencia. En medio de las adversas condiciones de los noventa, no era probable que el gobierno encontrara la fórmula adecuada para motivar a la mano de obra y renovar el socialismo. Además, el sistema socialista ya había comenzado a descomponerse; la economía subterránea se había afianzado y se estaba expandiendo. Debido a la crisis progresiva del sector estatal, los cubanos participaban cada vez con mayor frecuencia en el mercado negro como compradores, productores y vendedores. El socialismo había fracasado en su empeño de desarrollar una economía capaz de sostener a la nación.

¿NUEVA CONCIENCIA?

La nueva conciencia tampoco se había llegado a desarrollar. Los cubanos habían sido capaces de manifestar frecuentemente un heroísmo, un valor y una dedicación extraordinarios; y los ejemplos usados por Guevara eran reales. También lo habían sido las movilizaciones para el trabajo voluntario durante los años sesenta. El que no hubiese sido completamente voluntarias no quiere decir que millones de ciudadanos no participaran en ellas con el compromiso y la esperanza de construir un futuro mejor. Durante los setenta y parte de los ochenta, más de 300,000 cubanos sirvieron en Angola y en Etiopía con gran valor y eficiencia, y miles de ciudadanos prestaron servicios en la medicina, la educación y otras profesiones civiles en todo el Tercer Mundo. De manera que, en tiempos y en circunstancias especiales, muchos ciudadanos cubanos —a veces millones de ellos— actuaron correctamente y con mucha generosidad. Pero conseguir que el cubano aplicara esa conciencia a la vida cotidiana del socialismo era una quimera. Irónicamente, en el ocaso del socialismo cubano, los restos de Ernesto Guevara fueron encontrados en Bolivia y devueltos a la isla. Una gigantesca escultura con su imagen se erigió sobre su tumba en la ciudad de Santa Clara, con sus ojos de piedra contemplando una sociedad que el

Che apenas habría reconocido.

FUTURO INSOSTENIBLE

El futuro socialista de Cuba también se hacía insostenible a causa de varios factores políticos: la dinámica Fidel-patria-revolución regía la política cubana, a pesar de que ya no existía tal revolución, pero Fidel Castro estaba convencido de que tenía derecho a gobernar Cuba debido a la revolución social y a los logros del socialismo. Esa convicción tenía sus raíces en el recuerdo del extraordinario apoyo popular que él y otros líderes habían recibido al principio, y que habrían de mantener en mayor o menor grado durante mucho tiempo; los adversarios acontecimientos nacionales e internacionales de los noventa no habían logrado despojarlos de ese recuerdo. Consideraban, sobre todo, que la nación cubana existiría en tanto se preservaran las condiciones de las últimas cuatro décadas: por lo tanto, sólo su gobierno podría salvaguardar la patria. Pero bajo la autoridad carismática, no era probable que el país alcanzara el nivel de institucionalización necesario para promover una transformación pacífica.

La transición que necesariamente sobrevendría constituía una dimensión fundamental dentro de la crisis política. Si Castro hubiera muerto en los últimos años de los setenta o los ochenta, el Partido Comunista quizá lo habría sobrellevado sin mayores consecuencias. Independientemente de la situación interna y externa, el partido habría tenido que asumir el desafío de gobernar sin Castro en los noventa o a principios del nuevo siglo. Pero, tal y como se presentaban las circunstancias, la crisis era más grave, porque se ponía en duda la autoridad carismática en sí, incluso estando vivo Fidel Castro. Por otro lado, la capacidad del partido de triunfar a largo plazo era muy incierta, especialmente cuando Castro ya no se encontraba en el escenario nacional.

Desde 1959, una de las principales cuestiones de interés intelectual y político era el grado de influencia real del partido, independientemente de Fidel Castro. Una muestra de su viabilidad como organización podría ser, precisamente, su capacidad para emprender una transición en las condiciones adversas de los noventa. Si el partido fuera capaz de hacerlo pacíficamente, incluso perdiendo el poder, pero manteniéndose como una fuerza política dentro de la sociedad cubana, habría que concluir que, de hecho, el PCC poseía coherencia institucional. Si, por otra parte, no lograra encabezar una transición pacífica y el resultado fuera una catástrofe violenta, su incapacidad para negociar y sobrevivir sería el testimonio de su debilidad institucional. Si los cambios trajeran como resultado la total negación del legado revolucionario, ello habría sido la consecuencia, en parte, de las debilidades del partido. Desde su formulación, el proceso de perfeccionamiento dispuso los tenues indicios de reforma que hubieran podido fomentar una transición del sistema político desde adentro. Si se hubiera permitido que un número simbólico de individuos de la oposición se postulara y ganara en las elecciones de 1992-1993, la Asamblea Nacional hubiera podido adquirir una apariencia de verdadero cuerpo legislativo y emprender una nueva dinámica política. Pero el gobierno cubano ni siquiera podía seguir el ejemplo de las modestas reformas que el gobierno vietnamita había adoptado en su propia asamblea.

LA VISITA DEL PAPA

Sin embargo, la visita del

Papa Juan Pablo II a Cuba, en enero de 1998, abría un posible escenario alternativo de transformación. A mediados de la década de los ochenta la Iglesia católica volvió a afianzarse de forma gradual en la sociedad cubana: las comunidades parroquiales, numerosas publicaciones, algunas instituciones cívicas y una incipiente red de servicios sociales establecía cada vez más relaciones dentro de la comunidad católica (más representativa de todas las razas y sectores de la sociedad de lo que era antes de 1959), y entre los católicos y el resto de los ciudadanos. Como parte de los preparativos para la visita papal, los representantes de la Iglesia visitaron casi todos los hogares cubanos y celebraron misas al aire libre a lo largo de toda la isla. Durante cinco días de enero, cientos de miles de ciudadanos se congregaron para participar en las celebraciones religiosas, y millones asistieron por la radio y la televisión a las misas transmitidas en directo. En sus homilias, Juan Pablo II una y otra vez les hacía llegar un mensaje de inclusión, reconciliación y respeto por la dignidad individual. "No tengan miedo", afirmaba con frecuencia. "Ustedes son y deben ser los protagonistas de su propia historia personal y nacional". Las multitudes respondían con entusiasmo, entonando una y otra vez un canto que reflejaba de manera conmovedora el sentimiento popular: "Cuba, con el Papa, renueva su esperanza". Los santigueros les hacían el mayor cumplido: "Juan Pablo, hermano, yo tú eres cubano". Gritos de: "¡Libertad! ¡Libertad!", electrizaron a cientos de miles de cubanos en las misas papales en La Habana y en Santiago. El Papa, como un abuelo muy querido, se ganó los corazones de millones de cubanos. La visita de Juan Pablo II, cualquiera que fuera su impacto posterior, señalaba de manera inequívoca un momento histórico: durante un breve espacio de tiempo, el gobierno cubano había sido relegado a un segundo plano.

Después de la visita papal, una nueva etapa aguardaba a la Iglesia católica cubana. Sin duda alguna, hijos pródigos del catolicismo y nuevos conversos harían crecer el redil de los fieles. Pero la misión pastoral de la Iglesia asumía ahora preocupaciones que sobrepasan el ámbito eclesial: esta misión llevaba consigo la ineludible responsabilidad cívica de fomentar una sociedad más abierta. ¿De qué otra forma podrían los sacerdotes predicar el evangelio y los católicos dar testimonio de su fe?

Una Iglesia católica renovada propondría un desafío sin precedentes al gobierno de Cuba: mantener el diálogo con una institución que tiene su propia agenda, aun cuando su contenido sea esencialmente religioso. En una sociedad tan estrictamente regulada como la cubana, las concesiones a lo sagrado, como la visita de Juan Pablo II, ya habían tenido profundas repercusiones en el mundo de lo profano. La cuestión era si el Partido Comunista de Cuba poseía la capacidad política para mantener un nuevo nivel de relaciones Iglesia-Estado, a través de las cuales la talla y alcance de una institución independiente dentro de la sociedad cubana crecería de forma inevitable. El gobierno cubano se ha resistido energicamente al surgimiento de la diversidad política y a la puesta en práctica de reformas económicas de largo alcance; es posible, tal vez, que resulte menos rígido con una institución religiosa que no posea una agenda política explícita. En tal caso, los efectos del diálogo entre Iglesia y Estado podrían repercutir gradualmente en todos los rincones de la sociedad cubana.

La revolución inicialmente gozó de una inmensa popularidad. En 1961, cuando el capitalismo y la democracia representativa, la gran mayoría del pueblo cubano apoyó al gobierno contra los invasores de Playa Girón. A lo largo de los años sesenta y a pesar de todas las dificultades, mantuvieron también su compromiso con la revolución, o al menos se habían resignado a sus consecuencias. Incluso después del descalabro de 1970, los líderes cubanos consiguieron que los ciudadanos participaran en el proceso de institucionalización. De hecho, el 26 de julio de 1970, independientemente del sentido retórico de su afirmación, Fidel Castro se había presentado en la Plaza de la Revolución para decir que dimitiría si así lo deseaba el pueblo. En ese momento, pocos cubanos podían o querían concebir una alternativa, y el gobierno probablemente contaba todavía con el apoyo de la mayoría. Sólo una década había transcurrido desde el triunfo revolucionario, y aún eran palpables la voluntad, la energía y la pasión que había generado.

Al repudiar la política del pasado, la revolución había adoptado el modelo de partido de vanguardia y de organización de masas para establecer una nueva autoridad política. Pero a principios de los sesenta la política institucional no había servido a los imperativos de la autoridad carismática y las movilizaciones. El experimento radical intentó reavivar el "espíritu revolucionario", pero fracasó dramáticamente. Durante los setenta y principios de los ochenta, el proceso de institucionalización creó condiciones para incluir al ciudadano en el debate y la solución de los asuntos inmediatos. Sin embargo, esa inclusión —ya fuera a través de las movilizaciones, los sindicatos, la FMC o las asambleas locales del Poder Popular— no equivalía a una participación significativa. Por otra parte, el gobierno cubano no reconoció nunca el derecho a disentir de la revolución, del socialismo y del liderazgo de Fidel Castro.

En los años noventa era evidente que la dinámica Fidel-patria-revolución, como fórmula para gobernar se debilitaba. La caída del comunismo en la Unión Soviética y Europa del Este nubló el horizonte de la política unipartidista. Además, las formas de autoridad política establecidas después de 1959 se hacían obsoletas frente a las transformaciones sociales revolucionarias, que ampliaron y fomentaron la relativa modernidad de la vieja Cuba. Nuevas generaciones de cubanos, más saludables, más urbanos y con un nivel escolar superior, exigían el derecho a expresar su creatividad, sus intereses y su diversidad política; pero el Partido Comunista no estaba a la altura de sus expectativas democráticas. De hecho, la nación necesitaba urgentemente que nuevas voces y opiniones se dejaran escuchar y debatieran para encontrar otras formas de defender la soberanía y mantener la justicia en el nuevo siglo.

LOS LIDERES CUBANOS

Los líderes cubanos respondieron a la adversidad insistiendo en los imperativos militares de la política. Continuaban gobernando como si aún encabezaran una revolución social, haciendo caso omiso a las palabras que José Martí dirigiera a Máximo Gómez: "No se funda una nación, general, como se manda un campamento." Debido a que continuaban dando respuestas pretorianas a las agresiones de baja intensidad que Estados Unidos dirigía contra ellos, los líderes cubanos se acercaban peligrosamente a dirigir la nación como si fuera un campamento militar;

de esa forma, Fidel Castro y el Partido Comunista indudablemente minaban el legado de la revolución.

No obstante, el gobierno cubano mantenía cierto nivel de apoyo popular. Para muchos ciudadanos romper con el gobierno significaba romper con todo lo que sus vidas representaban: habían nacido o crecido durante los sesenta, cuando la revolución envolvió a la sociedad cubana, y se habían comprometido con la nueva Cuba. Otros muchos —en particular los pobres y los cubanos de raza negra— recordaban sus vicisitudes antes de la revolución y tenían que una sociedad postsocialista no se ocupara de su bienestar. Por otra parte, la mayor parte de las ciudadanas —aunque no apoyasen al gobierno— tomaban como una afrenta la prepotencia implícita en las leyes que habían reforzado el embargo: los dictados de un gobierno extranjero no decidirían jamás el rumbo de la política en Cuba. Mientras la comunidad internacional se oponía a la Ley Helms-Burton debido mayormente a su extraterritorialidad (Washington esperaba que otras naciones acatasen una ley norteamericana), el aspecto de la ley más atroz para el futuro de Cuba residía en la extensión retroactiva de los beneficios que implicaba la ciudadanía norteamericana a personas que eran ciudadanos cubanos en el momento de las confiscaciones. La ley decretaba una compensación a las reclamaciones de los cubanoamericanos, o la restitución de sus propiedades, como prueba definitiva del carácter democrático de cualquier futuro gobierno en la isla. Los cubanoamericanos tendrían derecho a solicitar el apoyo del gobierno de Estados Unidos en el momento de presentar sus reclamaciones en una Cuba postcastro. Tristemente, la

burguesía cubana y su progenie parecían inmunes a las lecciones de la historia de Cuba, y alimentaban los temores de muchos cubanos en el sentido de que los exiliados estaban fundamentalmente interesados en reclamar sus propiedades, temores que el gobierno cubano manipulaba hábilmente. Los que habían perdido en 1959 no confiaban, al parecer, en que una Cuba democrática daría a sus reclamaciones (indudablemente un asunto legítimo) la debida y justa atención. Al buscar el manto protector de Washington, reforzaban el círculo vicioso del plattismo. No era nada sorprendente, entonces, que el gobierno cubano siguiera sosteniéndose sobre el nacionalismo.

Pero también estaba la Cuba de la doble moral que el partido había reconocido como un obstáculo en los esfuerzos por renovar el sistema político durante los preparativos del Congreso de 1991. Un creciente número de ciudadanos vivía en una sociedad subterránea, asintiendo en público y oponiéndose en privado. La total unidad alrededor de Fidel-patria-revolución demandada por el gobierno imponía una disciplina estricta en el discurso público y haría pagar un alto precio por cualquier disensión: el sistema político carecía de los medios institucionales para hacer frente al nocivo problema de la doble moral. Los ciudadanos, por convicción, temor o impotencia, continuaban aceptando la primacía de la dinámica Fidel-patria-revolución, y de esa manera hacían posible un gobierno evidentemente no democrático. Sin embargo, en 1998, Fidel Castro no podía pararse ante la nación y declarar que estaba dispuesto a renunciar, como lo había hecho en 1970; la mayoría del pueblo cubano podía acoger con beneplácito su salida del poder.

El Embargo no ha Servido Para Nada

Sigue de la página veintiseis

blema es político: el bloqueo seguramente que hace que los cubanos sean más antiestadunidenses que si no existiera, y los hace un poco más favorables o al menos un poco menos contrarios, a Castro, que todavía sigue esgrimiendo el "bloqueo", la palabra con que él describe el embargo, como el motivo de que los terribles problemas económicos de Cuba, y constantemente les recuerda a sus gobernados que el gobierno de Estados Unidos es el causante de ellos. Es probable que algunos cubanos le crean.

Lejos de terminar con el bloqueo, Estados Unidos se ha movido en dirección contraria, con la Ley Helms-Burton, nombrada así por el senador Jesse Helms (republicano por Carolina del Norte) y el diputado Dan Burton (republicano por Indiana). Su cláusula más controvertida permite a Estados Unidos demandar legalmente a las compañías extranjeras que usen cualquier propiedad en Cuba que les fue confiscada a ciudadanos estadounidenses. A partir del 1º de agosto de 1998, hasta los ciudadanos estadounidenses que eran cubanos cuando les robaron sus propiedades pueden entablar una demanda. Aunque esto podría parecer razonable a cualquiera que crea en los derechos de la propiedad, la idea, aplicada constantemente sin pensar en el tiempo o el contexto, llevaría por una senda que muy pocos quieren transitar. Los nativos estadounidenses, por ejemplo, pueden hacer, y hacen, reclamaciones similares.

Para que entre en vigor esta cláusula de la Ley Helms-Burton, el gobierno estadounidense aislará a Estados Unidos para los funcionarios corporativos, los dirigentes o los accionistas que tengan una parti-

cipación mayoritaria en las empresas que se beneficien de las propiedades confiscadas a estadounidenses en Cuba. El gobierno ya aplicó la ley contra un puñado de ejecutivos canadienses y mexicanos. No sólo los infractores, sino también sus cónyuges, sus hijos menores y sus agentes, no podrán viajar a Estados Unidos. Nuevamente, nótese la ironía. Uno de los logros más importantes de las sociedades libres, el que las distingue más de los regímenes totalitarios, es que, cuando un miembro de una familia viola la ley, esa persona, no los otros miembros de la familia, tiene que purgar una pena. Los gobiernos totalitarios violan ese principio legal de responsabilidad individual constantemente, y Castro es el principal violador de ese tipo en el mundo. Ahora ya Estados Unidos se le unió. Helms y Burton dicen que quieren derrotar a Castro. Castro ya los derrotó a ellos, y a nosotros también.

Mientras más libre sea el comercio entre Cuba y el resto del mundo, más experiencia tendrán los cubanos con los extranjeros y sus productos. Aprenderán que no tienen por qué ser pobres, que no tiene por qué ser un lujo comer carne una vez al día y que no tienen que morir por la medicina socializada. La "dolarización" de la economía cubana, bajo la cual Castro permite a sus compatriotas cambiar dólares por productos, ya inició ese proceso. El flujo de dólares que reciben de sus parientes que viven en el sur de Florida ha promovido la dolarización aún más, porque los receptores de esos dólares son menos dependientes del gobierno cubano para su sustento diario. Cuando el Presidente Clinton redujo la cantidad de dinero que los exiliados cubanos pueden enviar legalmente a sus parientes,

Esto en sí era sintomático de la crisis política latente.

Al acercarse al nuevo siglo, la revolución cubana ya había pasado al reino de la historia. El gobierno tenía ante sí una economía en bancarrota, la posibilidad del derrumbe político y una población profundamente abatida. Aunque agravada por las condiciones internacionales, la difícil situación de la isla tenía sus raíces en las circunstancias internas y, por lo tanto, cambiar era un imperativo nacional. El hecho de que Fidel Castro culpaba de los fracasos de su gobierno al embargo norteamericano y exigiera su fin como condición para llevar adelante una transformación, delataba, irónicamente, una postura plattista de su parte. Al igual que Gerardo Machado en los treinta y Fulgencio Batista en los cincuenta, Castro se mostraba renuente a ceder el poder. Pero mientras que el revolucionario Fidel había consolidado una Cuba de mayor igualdad y soberanía, el caudillo Castro estaba destruyendo el legado de la revolución. A diferencia de los años treinta y cincuenta, no se había desarrollado todavía un movimiento de oposición con un programa razonable que convenciera al pueblo cubano. Por su propia experiencia en la lucha contra Batista, los líderes cubanos comprendían muy bien la amenaza que representaría un movimiento de ese tipo, por lo que redoblaron el énfasis en la unidad de la élite, e insistían en que su gobierno constituía la única salvaguarda de la patria y en que estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario para evitar que el creciente descontento popular adquiriera una expresión organizada. De persistir en su intransigencia, existía la probabilidad de que surgiera una Cuba que rechazase del todo el legado de la revolución.

hizo más dependientes a los cubanos. Una prueba a la que deben enfrentarse quienes favorecen el bloqueo son las mismas acciones de Castro poco antes de que el Congreso sometiera a votación la iniciativa de Ley Helms-Burton. Se trataba de una ley que el Presidente Clinton había aprobado que, por ello, tendría mucha oposición. Y sin embargo, el 24 de febrero de 1998, pocos días antes de la votación, Castro ordenó a su fuerza aérea derribar dos aviones civiles inermes tripulados por miembros del grupo de exiliados cubanos, residentes en Miami, Hermanos al Rescate. Ninguna de las dos partes del debate ha afirmado que Castro es un estúpido. Con su pasmosa inteligencia, Castro ciertamente sabía que esta acción haría más probable la aprobación de la Ley Helms-Burton. Presumiblemente, él quería usarla como un nuevo elemento de su propaganda. Los partidarios del bloqueo señalan que, si se reanudara plenamente las relaciones comerciales entre Estados Unidos y Cuba, entonces el gobierno cubano será reconocido por el gobierno estadounidense para obtener ayuda económica. Esa ayuda definitivamente apuntalaría al régimen de Castro, tal como ha sucedido con los tiranos de África y otras partes del mundo. Así que, pongamos fin al bloqueo, no le demos ayuda económica a Cuba y veamos cómo Fidel cae para siempre en un olvido muy merecido.

SEIS MESES \$600.00
EXCELSIOR
La más profesional información